

820.9
9.

PR 93
728
V. 4



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
CAPILLA ALFONSINA
ALFONSO REYES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
FONDO RICARDO COVARRUBIAS
U. A. N. I.:

ES PROPIEDAD

HISTORIA DE LA LITERATURA INGLESA

LIBRO III

LA EDAD CLÁSICA

(Continuación.)

CAPÍTULO V

Swift.

- I. Los comienzos de Swift.—Su carácter.—Su orgullo.—Su sensibilidad.—Su vida en casa de sir W. Temple.—En casa de lord Berkeley.—Su papel político.—Su importancia.—Su adversa suerte.—Su vida privada.—Sus amores.—Su desesperación y su locura.
- II. Su inteligencia.—Su poder y sus límites.—El espíritu prosaico y positivista.—Cómo está situado entre la vulgaridad y el genio.—Por qué es destructor.
- III. El polemista.—Cómo en este momento la literatura penetra en la política.—Diferencia de los partidos en Francia y en Inglaterra.—Diferencia de las disertaciones y controversias en ambos países.—Condiciones del razamiento literario.—Condiciones del razonamiento eficaz.—El *Examiner*.—Las *Cartas del Pañero*.—El *Retrato de Lord Wharton*.—*Argumento contra la abolición del Cristianismo*.—La invectiva política.—La difamación personal.—El buen sentido incisivo.—La ironía grave.
- V. El poeta.—Comparación de Swift y Voltaire.—Seriedad y dureza de sus burlas.—*Bickerstaff*.—Rudeza de su galantería.—*Cadenus y Vanessa*.—Su poesía prosaica y realista.—*La Gran cuestión debatida*.—Energía y tristeza de sus pequeños

poemas.—Versos *sobre su propia muerte*.—A qué excesos llega.

V. El narrador y el filósofo.—El *Cuento del Tonel*.—Su juicio sobre la religión, la ciencia, la filosofía y la razón.—Cómo difama á la inteligencia humana.—*Los Viajes de Gulliver*.—Su juicio sobre la sociedad, el gobierno, las condiciones y las profesiones. Cómo difama á la naturaleza humana.—Construcción de su carácter y de su genio.

En 1685, en el salón de la Universidad de Dublín, los profesores ocupados en conferir grados de bachiller tuvieron un espectáculo singular: un pobre estudiante, de facha rara y desgarrada, de ojos azules y duros, huérfano, sin amigos, mantenido miseramente por la caridad de un tío, cuyo estudiante había sido reprobado ya por su ignorancia en lógica, se presentaba por segunda vez sin haberse dignado leer la lógica. En vano le llevaba su *tutor* los mamotretos más respetables: Smeglesius, Heckermannus, Burgersdicius. Ojeaba tres páginas, y los cerraba corriendo. Cuando llegó la argumentación, el *proctor* tuvo que ponerle en forma sus argumentos. Le preguntaban cómo podría razonar bien sin las reglas; él contestó que razonaba muy bien sin las reglas. Tamaña herejía escandalizó á todo el mundo; pero, en fin, le aprobaron, aunque con gran esfuerzo—*speciali gratia*, dice el registro,—y los profesores se marcharon, sonriendo compasivamente sin duda, llenos de conmiseración por la pobreza de seso de Jonatán Swift.

I

He ahí su primera humillación y su primera rebeldía. A imagen de ese momento, toda su vida fué

un tejido de dolores y de odios. Hasta dónde llegaron esos odios y esos dolores, sólo su retrato y su historia pueden decirlo. Tuvo un orgullo desmedido y terrible, ante el cual hizo que se doblegase la soberbia de los omnipotentes ministros y de los primeros señores. Simple publicista, sin más fortuna que un pequeño beneficio de Irlanda, trató con ellos de igual á igual. Como el primer ministro Mr. Harley le hubiese enviado un billete de banco por sus primeros artículos, se ofendió de que le tomaran por un hombre asalariado, devolvió el dinero, exigió satisfacciones, las tuvo, y escribió en su diario: «He vuelto á mi gracia á mister Harley». Otra vez, viendo que Saint-John, el secretario de Estado, le recibía friamente, le puso de oro y azul. «Le advertí que no quería ser tratado como un chiquillo de escuela, que todos los grandes ministros que me honraban con su intimidad, si oían ó veían en mí alguna cosa censurable, debían manifestármelo claramente, y no obligarme á adivinarlo por la variación ó la frialdad de su cara ó de su actitud; que esa era una cosa que apenas soportaría yo de una testa coronada, pero que no me parecía que valía tal precio el favor de un súbdito; que pensaba hacer las mismas manifestaciones al guardasellos y á Mr. Harley, para que ajustasen á ellas su conducta conmigo.» Saint-John se justificó: dijo que había pasado varias noches trabajando, una noche bebiendo, y que su fatiga había podido parecer mal humor. En el salón de recepción Swift se ponía á conversar con algún hombre oscuro, y obligaba á los lores á ir á saludarle y hablarle. «El secretario de Estado me dijo que el duque de Buckingham deseaba tratarme; yo respondí que no era posible, que él no había hecho bastantes insinuaciones. El duque de Shrewsbury manifestó entonces

que creía que el duque no tenía la costumbre de hacer insinuaciones. Contesté que yo no podía pasar por otro punto, que esperaba siempre insinuaciones en proporción á la calidad de las personas, y más de parte de un duque que de parte de otro hombre.» Se pavoneaba arrogantemente, y decía con una alegría contenida y henchida de venganza: «Se pasa allí una media hora bastante agradable.» Llegaba hasta la brutalidad y la tiranía; escribía á la duquesa de Queensbury: «Celebro mucho que sepáis vuestro deber, porque es una regla conocida y establecida desde hace más de veinte años en Inglaterra, que todas las damas que aspiraban á tratarme me han hecho constantemente las primeras insinuaciones, y cuanta mayor era su calidad, mayores eran sus instancias.» El glorioso general Webb, con su muleta y su bastón, subía cojeando los dos pisos de la casa para felicitarle é invitarle; Swift aceptaba, y una hora después rompía el compromiso, prefiriendo comer en otra parte. Resentido una vez con Addison, y otra con lady Giffard, una amiga de veinte años, se negó á reanudar amistades con ellos, si no le pedían perdón. Al saber que lord Lansdowne, ministro de la Guerra, se había dolido de una expresión estampada en el *Examiner*, «me irritó sobremanera (dice Swift) que se hubiese quejado de mí antes de haberme hablado. No volveré á dirigirle la palabra mientras no me pida perdón». Trató al arte como á los hombres, escribiendo de primera intención, desdeñando «la ingrata tarea de releerse,» no firmando ninguno de sus libros, dejando á cada escrito hacer su camino por sí solo, sin la ayuda de los demás, sin el patrocinio de su nombre, sin la recomendación de nadie. Alma de dictador, sedienta de poder, decía abiertamente «que todos sus

esfuerzos por distinguirse procedían del deseo de ser tratado como un lord (1)». «Tenga yo ó no razón, no hace al caso. La fama de talento ó de gran saber equivale á una cinta azul ó un coche de seis caballos.» Pero ese rango y ese poder se los creía debidos; no pedía, esperaba. «Yo no solicitaré nunca para mí, aunque lo haga á menudo para los demás.» Quería el imperio, y obraba como si le hubiese tenido. El odio y la desgracia encuentran su suelo natal en estos espíritus despóticos. Viven como reyes destronados, siempre insultantes y heridos, con todas las miserias del orgullo y sin ninguno de sus consuelos, incapaces de gustar ni la sociedad ni la soledad, demasiado ambiciosos para contentarse con el silencio, demasiado altaneros para servirse de la gente, nacidos para la rebelión y la derrota, destinados por su pasión y su impotencia á la desesperación y al talento.

Aquí, la sensibilidad exasperaba las llagas del orgullo. Bajo esa flema del rostro y del estilo hervían pasiones furiosas. Había en él una tempestad incesante de cóleras y de deseos. «Una persona que ocupaba alto rango en Irlanda y se dignaba descender á mirar mi espíritu, solía decir que este espíritu era como un demonio conjurado, que lo arruinaría todo si yo no le daba ocupación.» El resentimiento era en él más profundo y abrasador que en los restantes hombres. Hay que oír el hondo suspiro de odiosa alegría con que contempla á sus pies á sus enemigos. «Todos los whigs se extasiaban al verme; se ahogaban y querrían asirse á mí como á una rama; todos sus grandes hombres me dirigían torpes elogios. Es bueno ver la lamentable confesión que hacen de su injusticia.» Y poco después: «¡Que revienten y se pudran esos perros de

(1) Carta á Bolingbroke.

ingratos! Antes de marchar de aquí los haré arrepentirse de su conducta... Yo me he creado veinte enemigos por dos amigos, pero al menos he tenido mi venganza.» Se ha saciado, y, como un lobo y un león, no se preocupa ya de nada.

Esa fogosidad le arrastraba á todas las temeridades y á todas las violencias. Sus *Cartas del Pañero* habían levantado á Irlanda contra el gobierno, y el gobierno acababa de publicar una proclama, prometiendo una recompensa á quien denunciase al pañero. Swift entra bruscamente en el salón de recepción, separa los grupos, llega ante el lord lugarteniente con la cara inflamada, y con voz tonante le increpa: «Muy bien, mi lord, es una gloriosa hazaña vuestra proclama de ayer contra un pobre mercader cuyo gran delito es haber querido salvar á su país.» Y se deshizo en invectivas en medio del silencio y el estupor. El lord, hombre de inteligencia, le respondió con afabilidad. Ante semejante torrente la gente se apartaba. Ese corazón trastornado y devorado no comprendía la calma de sus amigos; les preguntaba «si las corrupciones y las maldades de los hombres del poder no les consumían la carne y les secaban la sangre». La resignación le sulevaba. Sus acciones, bruscas, extrañas, surgían de en medio de su silencio como relámpagos. Era raro y violento en todo, en sus bromas, en sus asuntos privados, con sus amigos, con los desconocidos; á menudo se le creyó demente. Addison y sus amigos venían viendo hacia días en su café un eclesiástico singular, que ponía el sombrero sobre la mesa, se paseaba precipitadamente durante una hora, pagaba y se iba sin haber mirado nada ni dicho una palabra. Le llamaron el *cura loco*. Una noche ese cura divisa un caballero recién llegado, se va derecho á él y le pregunta sin

saludarle: «Decidme, señor, ¿recordáis algún día de buen tiempo en este mundo?» El otro, asombrado, responde después de algunos instantes, que recuerda muchos. «No puedo yo decir otro tanto; yo no recuerdo ningún tiempo que no haya sido demasiado cálido ó demasiado frío, demasiado húmedo ó demasiado seco; pero, á pesar de todo, el Señor se las arregla de manera que al fin del año todo vaya muy bien.» Tras este sarcasmo vuelve las espaldas y desaparece: era Swift. Otro día que acababa de comer con el conde de Burlington, al levantarse de la mesa, dice á la dueña de la casa: «Lady Burlington, sé que cantáis. Cantadme alguna cosa.» La señora se niega irritada. «Cantará ó la obligaré yo. ¡Vamos, señora! Supongo que me tomáis por uno de tantos curas. Cantad cuando yo os lo mando.» Habiéndose echado á reír el conde, la dama lloró y se retiró. Cuando Swift volvió á verla, la preguntó á guisa de saludo: «Decidme, señora, ¿tenéis hoy tanto orgullo y tan mal carácter como la última vez?» La gente se asombraba ó se divertía con esas salidas de tono; yo veo en ellas sollozos y gritos, explosiones de largas meditaciones altivas ó amargas: son los arranques de un alma indómita que se estremece, se encabrita, rompe las barreras, se hiere y aplasta ó magulla á las que encuentra ó quieren detenerla. Acabó por la locura, la veía acercarse; la ha descrito horriblemente: saboreó sus heces de antemano; la llevaba en su cara trágica, en sus terribles y extraviados ojos. He ahí el potente y doloroso genio que la naturaleza entregaba como presa á la sociedad y á la vida; la sociedad y la vida derramaron en él todos sus venenos.

Desde la edad en que se abre la inteligencia, en la edad en que late arrogantemente el corazón (1), Swift,

(1) Había bosquejado en esa época el *Cuento del Tonel*.

sostenido á duras penas por las menguadas limosnas de su familia, sufrió pobreza y desdenes, sombrío y sin esperanza, sintiendo su fuerza y los peligros de su fuerza. Secretario de sir William Temple á los veintún años, percibió veinte libras anuales de sueldo; comió en la mesa de los primeros criados, escribió odas pindáricas en honor de su señor; devoró durante diez años las humillaciones de la servidumbre y la familiaridad de la gente de librea, teniendo que adular á un cortesano gotoso y sufrir á milady su mujer y á milady su hermana, viéndose agitado por mil angustias «en cuanto notaba un poco de frialdad» en los ojos de sir William; acariciando vanas esperanzas y acabando por volver á embutirse la librea que le ahogaba, tras un ensayo de independencia. «¡Pobres de nosotros! Segundones del cielo, indignos de sus cuidados, debemos darnos por satisfechos con recoger las sobras y desperdicios de la mesa.» «Por eso, cuando veis que pasan los años sin esperanza de colocación, os aconsejo que os lancéis á los caminos, único puesto de honor que se os deja; allí encontraréis muchos antiguos compañeros, y disfrutaréis de una vida breve y buena.» Siguen consejos sobre la conducta que deben observar cuando los lleven á la horca. Tales eran sus instrucciones á los criados; contaba así lo que había sufrido. A los treinta y un años, esperando una plaza del rey Guillermo III, editó las obras de su patrón, las dedicó al soberano, le entregó un memorial, no obtuvo nada, y se quedó de secretario con lord Berkeley, siendo á la vez capellán de la familia, con todos los sinsabores que tenía entonces para un hombre de corazón ese papel de criado eclesiástico. «Yo venero la sotana (dice la criada Harris (1); quiero

(1) *Mistress Harris's petition.*

ser mujer de un cura. Denme Vuestras Excelencias una carta con una orden para el capellán.» Las excelencias, que le habían prometido el deanato de Derry se le dieron á otro. Acogiéndose á la política, escribió un folleto whig, las *Disensiones de Atenas y de Roma*, recibió de lord Halifax y de los jefes del partido grandes promesas, y se quedó plantado. Veinte años de insultos sin venganza y de humillaciones sin tregua, el tumulto interior de tantas esperanzas frustradas, ilusiones violentas y magníficas marchitadas súbitamente por el peso de un oficio maquinal, el hábito de sufrir y aborrecer, la necesidad de ocultar su odio y su sufrimiento, la conciencia de su superioridad, el aislamiento del genio y del orgullo, la acritud de la cólera acumulada y del desdén contenido: he ahí los agujones que le hicieron embestir como un toro. Más de mil libelos en cuatro años vinieron á aumentar su irritación, prodigándole los nombres de *renegado*, de *traidor* y de *ateo*. Los aplastó á todos, saboreando lentamente el placer de la victoria. Si hubo algún alma que se hartase del goce de desgarrar, de ultrajar y de destruir, fué la suya. El desbordamiento del desprecio, la ironía implacable, la lógica abrumadora, la cruel sonrisa del combatiente que marca de antemano el sitio mortal en que va á herir á su enemigo, que le pisotea y le atormenta á su sabor, con saña y deleite, esos fueron los sentimientos que se posesionaron de su alma, y que, estallando fuera de él con violencia, le cerraron todos los caminos (1), hasta el punto de que, de tantos altos puestos hacia los cuales alargaba la mano, no le quedó más que una plaza de deán en la mísera Irlanda. Allí le desterró el advenimiento de

(1) El *Cuento del Tonel*, cerca del clero, y *La Profecía de Windsor*, cerca de la reina.

Jorge I; allí le confinó el advenimiento de Jorge II, con quien contaba; allí se revolvió, primero contra el odio popular, después contra el ministerio vencedor, luego contra la humanidad entera, lanzando sangrientos libelos y sátiras desesperadas; allí saboreó una vez más el placer de combatir y de herir (1); allí sufrió hasta lo último, torturado por el avance de la edad, por el espectáculo de la opresión y de la miseria, por el sentimiento de su impotencia, por la ira «de vivir entre esclavos», encadenado y vencido. «Cada año (dice), ó mejor, cada mes, me siento más dispuesto al odio y la venganza, y mi furia es tan innoble que hasta llega á ofenderme la locura y la cobardía del pueblo esclavo con quien vivo. «Este grito es el resumen de su vida pública; esos sentimientos son los materiales que la vida pública suministró á su talento.

Los experimentaba también más violenta é íntimamente en la vida privada. Había criado y amado puramente á una joven encantadora, instruida, honrada, Ester Johnson, que desde su infancia le quiso y veneró. Habitaba con él; era la confidente. Desde Londres, durante sus combates políticos, la enviaba el diario completo de sus menores acciones; escribía para ella dos veces al día con una familiaridad extrema, con el mayor abandono, con todas las bromas, todas las vivezas, todos los nombres de cariño de la más tierna expansión. Entre tanto, otra joven, bella y rica, miss Vanhomrigh, se prendaba de él, le declaraba su amor, recibía varias pruebas del suyo, y le seguía á Irlanda, ya celosa, ya sumisa, pero tan apasionada, tan desgraciada, que sus cartas hubieran ablandado el corazón más duro. «Si seguís tratándo-

(1) *Cartas del Pañero, Gulliver, Rapsodia sobre la poesía, Proposición modesta*, diversos folletos sobre Irlanda.

me como lo hacéis, no tendré que molestaros mucho tiempo... Creo que yo hubiese soportado mejor la tortura que esas mortales palabras que me habéis dicho... ¡Oh! ¡si os quedase siquiera el bastante interés por mí para que pudiese moveros á compasión esta queja!» Languideció y murió. Ester Johnson, que durante tanto tiempo había poseído el corazón de Swift, sufría más aún. Todo había cambiado en la casa de Swift. «A mi llegada (dice) creí que me moriría de pena, y todo el tiempo que se tardó en instalarme estuve horriblemente triste.» Lágrimas, desconfianza, resentimiento, un silencio glacial: he ahí lo que encontraba, en vez de familiaridad y ternuras. Se casó con ella por deber, pero en secreto, y á condición de que no sería su mujer más que de nombre. Durante doce años Ester vivió consumiéndose; Swift se marchaba á Inglaterra lo más á menudo que podía. La casa era para él un infierno. Se sospecha que en la cuestión de sus amores y de su matrimonio andaba de por medio un achaque físico. Un día Delang, su biógrafo, habiéndole encontrado hablando con el arzobispo King, vió llorar al arzobispo y huir á Swift, con la cara trastornada. «Acabáis de ver (dijo el prelado) *al hombre más desgraciado de la tierra*; pero sobre la causa de su desgracia jamás debéis hacer la menor pregunta.» Ester Johnson murió. Cuáles fueron las angustias de Swift, qué espectros le asediaron, en qué horrores le sumió el recuerdo de dos mujeres lentamente minadas y muertas por su culpa, sólo su fin puede decirlo. «Llegó la hora de acabar con el mundo...; pero moriré aquí rabiando, como una rata envenenada en su agujero.» El exceso del trabajo y de las emociones le había puesto enfermo desde su juventud: padecía vértigos; no oía ya.

Presentia hacía tiempo que le abandonaría su razón. Un día se le había visto detenerse delante de un olmo desmochado, contemplarle atentamente, y decir: «Yo seré como este árbol: empezaré á morir por la cabeza.» Perdía la memoria; recibía las atenciones de los demás con disgusto, á veces con furor. Vivía solo, taciturno, sin poder ya leer. Se dice que pasó un año sin pronunciar una palabra, mirando con horror la presencia del hombre, andando diez horas al día, maníaco, y, por fin, idiota. Un tumor en un ojo le tuvo un mes sin dormir, y se necesitaron cinco personas para impedirle que se arrancase el ojo con las uñas. Una de sus últimas expresiones fué: «Yo estoy loco.» Abierto su testamento, se vió que legaba toda su fortuna para edificar un hospital de locos.

II

Se han necesitado esas pasiones y esas miserias para inspirar los *Viajes de Gulliver* y el *Cuento del Tonel*.

Se ha necesitado además una inteligencia extraña y poderosa, tan inglesa como el orgullo y las pasiones del autor. Tiene el estilo de un cirujano y de un juez, estilo frío, grave, sin adornos, ni viveza, ni pasión, completamente práctico y viril. No quiere agradar, ni recrear, ni atraer, ni conmover; jamás se da el caso de que vacile, se inflame ó se esfuerce. Expresa su pensamiento en tono sencillo, en términos exactos, precisos, frecuentemente crudos, con comparaciones familiares, poniéndolo todo al alcance de la mano, hasta las cosas más altas, sobre todo las cosas

más altas, con una fiema brutal y siempre altiva. Sabe la vida como un banquero sus cuentas; y, una vez hecha su adición, desdeña ó aplasta á los charlatanes que disputan sobre ella en torno suyo.

Juntamente con el total, conoce las partes. No sólo abarca familiar y vigorosamente cada objeto, sino que le descompone y posee el inventario de sus pormenores. Tiene una imaginación tan minuciosa como enérgica. Puede darnos sobre cada hecho y sobre cada objeto un sumario de circunstancias secas, tan bien coordinado y tan verosímil que nos hará la ilusión de la realidad. Los viajes de su Gulliver parecerán un diario de á bordo. Las predicciones de su Bickerstaff serán tomadas al pie de la letra por la inquisición de Portugal. El relato de su *M. du Baudrier* parecerá una traducción auténtica. Dará á la novela extravagante visos de historia comprobada. Merced á esa ciencia detallada y sólida, importa á la literatura el espíritu positivo de los hombres de negocios. No le hay más fuerte, ni más limitado, ni más desgraciado; porque no le hay más destructor. No hay grandeza, verdadera ó falsa, que se sostenga ante él; las cosas sondeadas y manoseadas pierden al instante su prestigio y su valor. Descomponiéndolas, pone de manifiesto su fealdad real, y las despoja de esa belleza ficticia. Colocándolas al nivel de los objetos vulgares, las arrebató su belleza real y les imprime una fealdad ficticia. Presenta todas sus particularidades groseras, y no presenta más que sus particularidades groseras. Mirad, como él, los detalles físicos de la ciencia, de la religión, del Estado; reducid, como él, la ciencia, la religión y el Estado á la bajeza de los acontecimientos corrientes, y veréis, como él, aquí, un Bedlam de ilusos apergaminados, cerebros estre-

chos y quiméricos, ocupados en contradecirse, en recopilar en libracos ranciosos frases vacías, en inventar conjeturas que pregonan como verdades; allí, una gavilla de idólatras murmurando frases que no entienden, adorando figuras de estilos á guisa de misterios, cifrando la santidad ó la impiedad en el hábito ó en posturas, gastando en persecuciones y en genuflexiones el exceso de locura servil y feroz de que el azar maléfico ha colmado sus cerebros; allá, rebaños de idiotas que entregan su sangre y su hacienda á los caprichos y á los cálculos de un señor de carroza, por respeto á la carroza de que le han provisto. ¿Qué parte de la naturaleza ó de la vida humana puede conservarse grande y bella ante un espíritu que, penetrando en todos los detalles, ve al hombre en la mesa, en la cama, en el vestuario, en todas sus acciones ordinarias ó bajas, y que pone todas las cosas al nivel de los sucesos vulgares, de las circunstancias más mezquinas de la vida diaria? Y no le basta al espíritu positivo ver la tramoya, las candilejas y todo lo feo de la ópera á que asiste; por remate la afea, llamándola farsa. No le basta no ignorar nada, sino que quiera además no admirar nada. Trata las cosas como utensilios domésticos; después de haber desmenuzado sus materiales, les impone un nombre inno-ble; para él la naturaleza no es más que una marmita donde se cuecen ingredientes cuya proporción y número conoce. En esa fuerza y en esa flaqueza se ven de antemano la misantropía de Swift y su talento.

Es que no hay más que dos maneras de amoldarse al mundo: la pobreza y la superioridad de inteligencia. La una para uso del público y de los necios; la otra para uso de los artistas y de los filósofos; una que

consiste en no ver nada; otra que consiste en verlo todo. Respetaréis las cosas respetadas si no miráis más que su superficie; si las tomáis tales y como se ofrecen, si os dejáis engañar por la bella apariencia que nunca dejan de revestir. Saludaréis en vuestros amos el dorado uniforme en que se embuten, y jamás pensaréis en sondear las manchas que el bordado oculta. Os impresionarán las nobles expresiones que repiten con un tono sublime, y jamás percibiréis en su bolsillo el manual hereditario de donde las toman. Les ofreceréis piadosamente vuestro dinero y vuestros servicios; la costumbre os parecerá justicia y aceptaréis la doctrina gansuna de que un ganso tiene por deber ser un asado. Mas, por otra parte, toleraréis y hasta amaréis el mundo, si penetrando en su naturaleza tratáis de explicar ó de imitar su mecanismo. Os interesaréis en las pasiones por la simpatía del artista ó la comprensión del filósofo; las juzgaréis naturales al sentir su fuerza, ó las juzgaréis necesarias al calcular su trabazón; dejaréis de indignaros contra poderes que producen espectáculos bellos, ó dejaréis de irritaros contra efectos que la geometría de las causas había predicho; admiraréis el mundo como un drama grandioso ó como una evolución invencible, y la imaginación ó la lógica os preservarán de la denigración ó del hastío. Desentrañaréis en la religión las altas verdades que los dogmas ofuscan y los generosos instintos que la superstición encubre. Percibiréis en el Estado los infinitos beneficios que ninguna tiranía anula y las inclinaciones sociables que ninguna maldad desarraiga. Distinguiréis en la ciencia las doctrinas sólidas que no conmueve ya la discusión, las ideas amplias que el choque de los sistemas purifica y despliega, los horizontes magníficos que los progresos

presentes abren á la ambición del porvenir. Cabe así librarse del odio por la nulidad de la perspectiva ó por la grandeza de la perspectiva, por la incapacidad de descubrir los contrastes ó por el poder de descubrir el acuerdo de los contrastes. Apto Swift para lo uno, mas no para lo otro; viendo el mal y el desorden, pero ignorando el bien y la armonía; privado del amor y de la calma, entregado á la indignación y á la amargura, no encuentra ni una causa en que poder interesarse ni una doctrina que poder afirmar; emplea toda la fuerza de la inteligencia mejor armada y del carácter mejor templado en difamar y en destruir; todas sus obras son libelos.

III

En este momento y en sus manos alcanzó el periódico en Inglaterra su carácter propio y su mayor fuerza. La literatura penetraba en la política. Para comprender lo que llegó á ser la una, hay que comprender lo que era la otra; el arte se supeditó á los negocios, y el espíritu de los partidos creó el espíritu de los escritores.

En Francia aparece una teoría elocuente, bien coordinada y generosa; los jóvenes se prendan de ella y entonan canciones en su honor; por la noche, durante la digestión, la leen con complacencia los burgueses; varios de imaginación acalorada la aceptan, y se prueban á sí propios la fuerza de su entendimiento burlándose de los retrógados. Inversamente: las personas de arraigo, prudentes y temerosas, desconfían; como se encuentran bien, les parece que todo está bien, y

piden que las cosas sigan como están. He ahí nuestros dos partidos, muy antiguos como todo el mundo sabe, muy poco graves como todo el mundo ve. Nosotros tenemos necesidad de hablar, de entusiasmarnos, de discurrir sobre opiniones especulativas, todo eso muy ligeramente, cosa de una hora al día, sin consagrar á esa afición más que la superficie de nuestro ser, y hallándonos tan bien nivelados que, en el fondo, todos pensamos de la misma manera, y bien miradas las cosas, no se encontrarán en nuestro país más que dos partidos: el de los hombres de veinte años y el de los hombres de cuarenta. Al revés: los partidos ingleses fueron siempre cuerpos compactos y vivos, cuerpos unidos por intereses de dinero, de rango y de conciencia, que no tomaban las teorías más que por bandera; especies de Estados secundarios que, como en otro tiempo los dos órdenes de Roma, trataban de monopolizar legalmente el Estado. De análogo modo la Constitución inglesa no fué nunca más que una transacción entre potencias distintas, obligadas á tolerarse unas á otras, dispuestas á dominarse unas á otras, ocupadas en tratar unas con otras. La política es para ellos un interés doméstico; para nosotros una ocupación del espíritu. Los ingleses hacen de ella un negocio; nosotros la reducimos á una discusión.

Por eso sus escritos políticos, y especialmente los de Swift, no nos parecen literarios más que á medias. Para que un razonamiento sea literario, es menester que no se dirija á tal interés ó á cual facción, sino al espíritu puro, que se funde en verdades universales, que se apoye en la justicia absoluta, que pueda impresionar á todas las razones humanas; de otro modo, siendo local, no es más que útil; sólo es bello lo que es general. Hace falta asimismo que se